



Amplitud, Densidad y Diferencialidad de los Habitares: Nociones para Su Comprensión

Paulino Alvarado Pizaña

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México
paulinoalvarado@filos.unam.mx

Resumen

El presente ensayo busca aportar a la comprensión del *habitar* entendiéndolo como expresión corporal y territorial de la vida, situada y concreta, en presencia y concordancia con el *lugar* habitado. Su finalidad es realzar sus características, posibilidades y potencias.

En un primer momento [*Panorámica de los habitares*] el escrito expone la relación conflictiva del habitar con el urbanicismo, comprendido éste como la tendencia espacio-temporal dominante de la modernidad capitalista. El cual, a partir de las condiciones espacio-temporales y vivenciales que impone, limita y coarta las posibilidades de desenvolvimiento de los habitares. Para ello, se problematizan las situaciones de distintas geografías, que muestran la forma general y común en que esta tendencia actúa en el orbe.

En una segunda etapa [*Acercamientos al habitar*] se ahonda en la *noción de habitar*, contrastando con lo anterior, lo que el habitar implica como tendencia de vida encarnada, territorializada. Se realiza el principio relacional del acto habitativo y de los lugares con los que se corresponde, abundando en la vincularidad que promueve y entreteje en toda escala. Se plantea que el habitar configura las diversas culturas materiales mediante las vivencias, como percepciones y expresiones corporales cotidianas, arraigadas y materializadas en el territorio.

Con base en lo anterior, la última parte [*Tres nociones para comprender los habitares*] propone una triada conceptual que aporta al entendimiento y esclarecimiento del habitar en el contexto de la espacialidad contemporánea. Esta triada se conforma por las categorías de *amplitud*, *densidad* y *diferencialidad* propuestas por Bolívar Echeverría. Ellas nos permiten comprender las formas específicas del habitar como existencias situadas y contextualizadas

material e históricamente, que se coproducen en tensa interrelación con la modernidad capitalista.

Palabras clave

habitar, lugar, territorio, modernidad capitalista, cuerpo-territorio, espacio-temporalidad

Al pueblo palestino, quien desde hace 76 años sufre una sistemática guerra de exterminio cuya estrategia principal es fragmentar y anular sus posibilidades de habitar.

Prolegómeno

Las reflexiones, análisis y propuestas del presente escrito, enraízan en una noción del *habitar* que lo entiende como *vida situada, territorializada, que tiende implícitamente hacia una existencia armónica o en concordancia con su lugar, hacia constituir ámbitos de vida en los que el despliegue de la vida sea posible en lo material, lo anímico, lo simbólico, en tanto realización de la existencia personal y colectiva, como un acontecer que se sucede en el tiempo*. Esta noción, al comprender los habitares como una tendencia, asume que es una potencia la cual puede no llegar a realizarse plenamente, que hay condiciones que pueden diezmar su posibilidad deformándolos o incluso haciéndolos inviables.

Así, de forma complementaria, se afirma que no toda espacialidad genera de suyo formas de habitar. Antes bien, en muchos casos las formas de habitar que pueden apreciarse son resultado de un resurgir y adaptación de los sitios a contracorriente de la espacialidad hegemónica, hasta poder volverlos *lugares*.

Con base en esta noción, se despliegan las reflexiones sobre la situación del habitar en el urbanicismo contemporáneo y, finalmente, la propuesta sobre la triada conceptual [Amplitud / Densidad / Diferencialidad] que aspiran a aportar a la posibilidad de comprender y desentrañar los habitares existentes, de entre la abigarrada maraña en que se ven subsumidos por la espacialidad capitalista.

Vamos adelante...

Panorámica de los habitares en el urbanicismo actual

Hay un elemento de nuestras vidas que, en la mayoría de las sociedades y en el discurso hegemónico moderno capitalista, se da por descontado de una manera que lo desvaloriza casi hasta el olvido (Duden 1986). Es el hecho de que nuestras vidas son corporalidad, materialidad entretejida con el lugar, el territorio en que vivimos y sólo por ello es posible que seamos vida, que habitemos (Cruz 2016).

Esto constituye un nexo indisoluble, innegable, a pesar de las ilusiones actuales de existencia en la virtualidad, o la *pendularidad* (Robert 2020) cada vez más frenética con la que gran cantidad de personas - sobre todo obreros urbanícolas - se enfrentan, cruzando cotidianamente distancias que dislocan su propia coherencia vital. Incluso considerando distancias transcontinentales en las nuevas formas de trabajo asalariado global, que conforman seres más o menos errabundos y aparentemente desarraigados. No obstante

estas apariencias, ambas formas de existencia, siguen siendo corpóreas y materiales. Sus vivencias y los efectos de éstas sobre las personas acontecen porque también la virtualidad y la pendularidad ocurren situadas, encarnadas, territorializadas aunque sea de un modo dislocado. La vida incorpórea o inmaterial no existe. Este hecho es el principio común entre los seres vivos y el nexo que nos hermana con las demás especies con quienes cohabitamos.

Como puede entreverse, hoy la vida urbana nos orilla a una existencia cotidiana dislocada: sacada de su lugar y contexto, sin un lugar cabal donde desenvolverse. Esto tiende hacia una existencia donde nuestra vida se divide entre la fijación temporal a espacios específicos heteronormados y los traslados obligados a distancias automotoras que nos hacen personas en tránsito constante (Robert 2021), confinándonos a subsistir en una consecución de no-lugares (Augé 2008).

Esta realidad no debe naturalizar el pendular motorizado cotidiano (una forma anómala de sedentarismo), que actúa en detrimento de nuestra capacidad corpórea para dirigirnos autónomamente a cualquier sitio sin la premura aletargante del tráfico automóvil. Ello no es una condición perenne de la existencia, sino el resultado histórico de la forma capitalista y moderna de producir destructivamente la relaciones, los cuerpos y geografías que les encarnan y territorializan, y los espacios y tiempos en que se suceden (Harvey 2007). Y no es sino una de las posibilidades que han existido (Mumford 2021, Morris 2011, Morua 1991), si bien ésta se presenta como única y universal al corresponderse al primer modo histórico social de existencia dominante a escala planetaria (Robert y Messias 2009, 67-81).



Figura 1. Periférico ecológico como tajo en la ciudad de Puebla y Monotonía ¿habitacional?. Unas de las materializaciones del urbanicismo, que privilegian la pendularidad y la segmentación por sobre la vincularidad y la habitanza.

La organización (o desorganización) y escala de la urbe en que vivo (Puebla, México) condicionan en gran medida esta situación, al dificultar elecciones que permitan una vida organizada coherentemente a distancias y tiempos peatonales. Las elecciones de dónde se trabaja, estudia o come; dónde ejercitarse y abastecerse; dónde se descansa o se juega...

básicas y comunes a cualquier habitante o colectividad, se vuelven determinaciones que se oponen entre sí por su localización en la urbe, a la hora de buscar organizar la existencia, dislocando su coherencia vivencial para la mayoría de las personas.

Esto ilustra tan sólo una de las facetas de este nexo indisoluble de nuestra existencia con el lugar vivido y las contradicciones de su disolución. El grado de urbanización moderna y capitalista de las sociedades en el planeta durante las últimas décadas, consustancial a la globalización mercantil, ha implicado que esta experiencia de vida sea común a muy distintas colectividades en muchas partes del mundo. Ello ha homogeneizado las experiencias sobre lo que es vivir encarnadamente este momento histórico, llevando el frenesí y la dislocación urbanicista también a los territorios rurales.

En tan sólo dos generaciones, este proceso ha implicado un cambio drástico respecto a las formas de organización y vivencias de los habitantes precedentes a nivel mundial, como resultado de la expansión a escalas descomunales, de las urbes y de los territorios hoy urbanizados o subsumidos a la dinámica urbana del capital y su modernidad.

Un mundo donde se nace en la clínica y donde se muere en el hospital, donde se multiplican en modalidades lujosas o inhumanas, los puntos de tránsito y las ocupaciones provisionales (las cadenas de hoteles y las habitaciones ocupadas ilegalmente, los clubes de vacaciones, los campos de refugiados, las barracas miserables [...]), donde se desarrolla una apretada red de medios de transporte que son también espacios habitados, donde el hábitat de los supermercados, de los distribuidores automáticos y de las tarjetas de crédito renueva [...] un mundo así prometido a la individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero (Augé 2008, 83-84).

Esta tendencia es un verdadero *urbanicismo* (Echeverría 1995, 149-156)¹. Una cualidad inherente a la modernidad capitalista en su manipulación espacio-temporal de las vidas, subordinándolas al ámbito artificial de la urbe funcional al capital. Tendencia que no considera a sus habitantes sino como fuerza de trabajo y capacidad de consumo mercantil, y se les sobrepone como una realidad heterónoma ya dada e inmutable, en su conjunto, por acción de la propia colectividad habitante (Mumford 2021).

No deja de sorprender la agudeza con que Simmel señaló esta tendencia desde 1903, observando "La Dimensión Planetaria de la Gran Ciudad" (1986, 8), la urbe del capital. En su análisis remarca su diferencia cualitativa respecto a la ciudad pequeña y, de manera muy relevante, la trasposición de los límites que le daban autocontención y coherencia propia.²

¹ Podemos afirmar que es una tendencia que somete toda la vida a los designios de la urbe. El conglomerado urbano resultante funciona y subsume la existencia, material y simbólicamente en torno al dominio tecnológico, la reorganización y sustitución artificial de la vida y las relaciones, y su existencia como el espacio-tiempo de la producción y realización de las mercancías, el interés capitalista y la ganancia dineraria.

² "Lo que es esencial en el caso de la gran ciudad es que su vida interna se extiende en ondas concéntricas sobre un vasto dominio nacional e internacional [...] El rasgo más significativo de la gran ciudad reside en esta dimensión funcional que sobrepasa de lejos sus dimensiones concretas [...] así la gran ciudad no tiene más límites que aquellos que alcanza el conjunto de las acciones que ejerce allende sus fronteras. Tal es su verdadera dimensión, aquella donde se expresa su ser" (1986, 6)



Figura 2. Fragmento de la megaurbe poblana. La escala des-comunal de las urbes contemporáneas inhibe la capacidad y potencia habitativa de sus pobladores.

Estamos en una época de intensa transformación de los territorios, impulsada por diversas formas de capitales que buscan realizarse como acumulación ampliada mediante la captura y mercantilización de diversas formas de vida y territorialidades antes excluidas de los circuitos del capital o integradas de maneras superficiales o indirectas (Benach y Delgado 2022, 62-63). Además, la apuesta del capital por la tecnologización como forma de intensificación de los circuitos de producción, consumo y circulación de capitales, ha diezmado la importancia que se le asigna a la naturaleza, vida humana incluida en ella, hasta volverla deleznable (Echeverría 2010, 35-41).

Esta transformación de los territorios, significa de suyo la transformación de la vida que los habita, con la que se co-crea (León 2016, 101-108). Es esta, una relación prácticamente indisoluble que une corporalidad y territorialidad como procesos mutuamente influyentes. Esta relación co-creativa "es la base fundamental, la condición primordial para la vida, que sustenta tanto las posibilidades reales que una sociedad dada tiene de perdurar en el tiempo y dentro del espacio en que le has dado habitar y recrearse, cuanto determina el tipo de socialidad y expresividad específica de cada grupo humano." Perdurabilidad y socialidad que dependen de la naturaleza de la relación, ya sea que esta se dé "en términos colaborativos fundamentados en un principio de reciprocidad y restitución, o confrontativos desde una perspectiva de dominación" (Alvarado 2014, 19-20).

Como mencionaba líneas atrás, la vida rítmica y territorialmente expresada de quienes nos antecedieron, nuestras colectividades precedentes, ha sido radicalmente distinta en la mayoría de los casos, a la vida material y encarnada, que vivimos ahora. Investigaciones a escala planetaria como las de Mike Davis (2006) en "Planeta de Ciudades Miseria" dan muestra fehaciente de ello.

Volviendo a Simmel, podemos ver que desde hace más de un siglo ya había caracterizado los rasgos que iban conformando la socialidad de este nuevo género de urbes y el tipo de "espíritu humano" que iba surgiendo: intensificación de la vida nerviosa, aumento de la abstracción y la indiferencia; insensibilidad, adormecimiento o anesteciamiento sensorial; sentido calculador; dependencia u obediencia al tiempo lineal, hastío, reticencia al

contacto social, individualismo exacerbado; culto a la objetualidad, desdén al prójimo (1986, 5-10). Aspectos que constituyen una vivencia y una configuración subjetiva de abatimiento y anomia (Mier 2007), opuestos por completo al sentido del habitar, el cual tiende hacia el encuentro, la presencia y concordancia del habitante con el lugar habitado, en tanto comunidad de desenvolvimiento, realización y sentido.

Noventa años después Marc Augé abundaba al respecto en lo que él llama sobremodernidad: "El espacio de la sobremodernidad está trabajado por esta contradicción: sólo tiene que ver con individuos (clientes, pasajeros, usuarios, oyentes) pero no están identificados, socializados ni localizados" (2008, 114), señalando una profundización en el proceso de enajenación de la vida material y encarnada de la sociedad, que entronca con lo denominado por Pasolini como un proceso de "mutación antropológica" (Pasolini 2006, 41).



Figura 3. Plaza entre edificios. Toronto, Canadá. El diseño de los espacios públicos, la manera en como estos se disponen, los revela cual áreas residuales no destinadas ni concebidas para el encuentro entre habitantes, conceptualizados como individuos desligados.

A partir de 1945, con la segunda posguerra, podemos ver expandirse y ocurrir ésta dinámica urbanicista en todo el orbe. El caso de la ciudad italiana rupestre de Matera es un caso paradigmático de esta tendencia en el modelado corporal y territorial de la existencia, por la contundencia con que sucedió la mutación de sus territorios y su vida. Debemos comenzar señalando que hasta 1948 Matera era una *ciudad campesina* poblada por alrededor de 30,000 habitantes organizados en su mayoría en vecindarios y barrios a partir de una forma comunal de lugareidad³. Tenía una antigüedad de alrededor de 4500 años. Su casco citadino fue produciéndose en el tiempo como un tejido habitativo "intendido" tierra adentro, al interior y sobre las vertientes que descienden hasta el río Gravina como uno de sus límites y,

³Por lugareidad entendemos la manera específica, situada, en que se entretejen ámbitos materiales y comportamientos relacionales, en el lugar (Robert 2019).

al otro costado, con el bosque de la planicie que les dotaba de agua, la cual se almacenaba en aljibes de uso común a través de un sistema de canales y depósitos excavados en la roca.



Figura 4. Matera: Vista panorámica y detalles de la tectónica vincular de la ciudad histórica, con el territorio y sus habitantes.

La mayor parte de los oficios y labores de sus habitantes, de las formas de su economía y sustento, así como de su temporalidad y cohesión de vida, estaban ligadas a las dinámicas de una civilización campesina orientada a la generación de la subsistencia colectiva. La propia morfología de la ciudad estaba entretejida con esta dinámica y con las características topográficas del ambiente. La lugareidad propia de la civilización materana, desarrollada por milenios, se había conformado morfológicamente adaptando sus geometrías, técnicas, relaciones y escalas a la naturaleza del ambiente y las maneras de habitarlo. “Un interminable entretejido de patios, rocas salientes en lugares insospechados, escalinatas; callejas, callejones y piazzali (plazuelas) donde habitaba la vida vecinal que surgía cada mañana en las puertas y los umbrales que afloraban en torno a ellas” (Alvarado 2020, 35) gestó las condiciones adecuadas para la vida colectiva, en un crecimiento orgánico del tejido habitativo dotado de sus propias pautas configurativas, con base en estas afinidades electivas (Benjamin 2006, 125) difundidas en su territorio. Pautas que fueron adaptándose creativamente, transversales a sus diversos estamentos sociales, conformando una cultura material compartida por la mayoría, dotando de sentido y viabilidad a la existencia colectiva.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la dominación territorial que creó Italia y la absorción económica dentro de la dinámica capitalista del norte de la península, comenzó un proceso de transformación social y material, de la mano de una degradación del territorio y la lugareidad materana. Las transformaciones de la economía y la superposición de imposiciones laborales y dinerarias sobre las redes de economía vincular, fueron deteriorando la existencia cotidiana de la ciudad y su tejido habitativo, su relación con el territorio y sus cualidades relacionales. Situación que se profundizó durante el régimen fascista y que encontró su desenlace en la segunda posguerra, ya en pleno siglo XX, con los impulsos modernizadores de la nueva república.

En este último periodo, la radical alteridad (Pasolini 1997, 147) de su forma de vida, de su lugareidad como vida hacia dentro de la tierra, en una ciudad de origen y vocación campesina, hecha para andar a pie o en burro, con su gestión colectiva del agua y sus patios vecinales comunes, donde se criaba en común y se compartían los ritos de la vida y de la muerte, fueron la razón última para que se dictara desde el poder el destierro entero de la colectividad habitante bajo los argumentos de modernización, progreso y desarrollo, ante el “atraso” de su forma de habitanza.

La ciudad campesina antigua fue clausurada bajo pena judicial para quien volviera. La gente fue desperdigada en unidades habitacionales de apartamentos o casas unifamiliares construidas sobre el antiguo bosque que fue talado; sin lugares adecuados para el encuentro, sin hornos comunes ni aljibes, alejadas de las tierras de pastoreo o cultivo y de los vecinos de antaño y sus oficios, gracias a los que se resolvía y enriquecía la existencia compartida. De la vecindad se pasó al apartamento. Aumentó la migración inmediatamente y el desapego con el paso de las generaciones, crecidas en un entorno que no les ofrecía sentido de comunidad concreta y que, además, se había erigido de espaldas a la ciudad antigua, clausurada y simbolizada como vergüenza y herida negada.



Figura 5. Imposición del nuevo urbanismo por sobre la ciudad rupestre antigua, y nuevas "unidades" habitacionales desentendidas de las formas habitativas vernáculas.

Sobrevino el trastocamiento de la vida a través de la vivencia sentida del desarraigo y de los nuevos patrones de compartimentación y distanciamiento que les fueron impuestos en el cuerpo social e individual. La vecindad y la cercanía cotidiana se diluyeron, los animales y plantas con quienes se vivía desaparecieron, las formas combas y fluidas del hogar fueron reemplazadas por rígidos compartimentos estancos, las distancias y escalas de desplazamiento aumentaron...

La objetualidad cambia - o incluso anula - el lugar, el territorio y, con ello, las propias formas de vida e incluso los cuerpos. Su lenguaje - el lenguaje de las cosas en términos de Pasolini (2006, 41-59), nos da conformación de lo que podemos y no, de lo que se espera, de cómo debemos comportarnos. Y ese lenguaje material, en contextos que niegan nuestra posibilidad habitativa, es terriblemente impositivo y autoritario.

Matera es el ejemplo condensado en tiempo y lugar, del proceso urbanicista coincidente en gran parte de las geografías del orbe. Los lugares gestados en generaciones a través de un diseño territorial, habitativo, no profesionalizado, con pautas (Martín Juez 2002, 84-96) propias, han ido siendo desfigurados y reconfigurados o sustituidos por una materialidad genérica e indiferenciada. Una tectónica resultado de un diseño y una planeación territoriales inspiradas en esa materialidad producida fundamentalmente para individuos humanos abstractos, homogéneos, promediabiles. Esa tendencia crea espacios en serie igualmente abstractos y homogéneos, que se vuelven referentes del diseño deseable, desarrollado, moderno.



Figura 6. Yaundé, Camerún (2024). Archivo: Yasy Morales Chacón. La estética y disposición tectónica y urbana de la modernidad capitalista, se impone en toda geografía más allá de sus raigambres, condiciones y hábitos culturales y ambientales.

Más interesado en eficientar los tiempos y movimientos de mercancías, materias primas y mano de obra (otra forma de mercancía), el urbanicísimo contemporáneo genera una tectónica y una disposición espacial orientada a la sustitución de la naturaleza, al desplazamiento permanente, la anonimidad y la individualidad solipsista dentro de los ritmos y escalas globales del capital.

La espacialidad urbanicista tiende a degradar los vínculos hasta mantenerlos en la banalidad o el interés ventajoso, cuando no los imposibilita, en detrimento de las dimensiones y temporalidades que acuerpan el cultivo, desenvolvimiento y disfrute íntegros, situados y palpables, de la vida en su riqueza y complejidad vincular.

Su diseño y materialidad se encuentran en permanente desequilibrio con la vida humana y más que humana (Abram 2022) que pretenden promover y alojar. En las urbes contemporáneas, el sostenimiento perdurable de los vínculos implica un sobre-esfuerzo que sus aspirantes a habitantes deben realizar si desean mantener una afectividad viva y nutriente. Es, para decirlo con Marc Augé, la proliferación de los *no lugares*: “lo contrario de la utopía: existe y no postula ninguna sociedad orgánica” (2008, 114). No es gratuito que investigadores y pensadores desde la filosofía marxista o la geográfica crítica, planteen que nos encontramos ante la muerte de la ciudad, entendida ésta como el lugar de realización de la socialización humana y despliegue de su capacidad política y civilizatoria (Echeverría 2013, 79-85; Davis 2007).

Así como en el caso de Matera, bajo los argumentos de desarrollo y progreso se impone un modelo espacio-temporal que avanza en dirección opuesta a la creación de lugares plenos de vida, tal como Walter Benjamin (2005) señalara al hablar del huracán del progreso. En vez de ello, se edifican escenarios predeterminados donde quien se aloja poco o nada tiene que decir; donde su cotidianidad ha sido ya prediseñada de acuerdo a modelos genéricos basados en un humano estandarizado.

Su carácter abstracto es la asunción territorial de la lógica económica mercantil-capitalista como forma de raciocinio y actuación. En ella todo acto es disminuido a sus constantes mínimas, equiparables e intercambiables. Así como las personas son abstraídas y reducidas a recursos humanos para la producción capitalista, del mismo modo el habitante es abstraído y reducido a usuario, cliente o consumidor, mientras su habitar se abstrae y desvanece a m² en los manuales de habitabilidad de empresas y gobiernos por igual (González 2023). Ello, bajo la búsqueda de la ganancia como sinónimo de desarrollo, y del control y planificación de toda existencia como si fuese un objeto inerte o una mercancía más.

La cruzada por una pretendida superación técnica, una ausencia de dificultades y una vida de comodidades y amenidades⁴, ha traspuesto un umbral en que la afectividad genuina tiende a quedar relegada, a favor del mercado de los afectos (Dowling 2007, 117-132; Han 2014, 37-45) donde las experiencias artificiales preconicionadas son la norma y donde el disfrute es instrumentalizado como oferta de servicios, de manera que sólo puede accederse a él mediante el pago correspondiente. Ello deja poco espacio para la espontaneidad de las colectividades sociales pues, además, los espacios son edificados de manera que la socialidad se vea orillada al consumo mercantil de bienes o servicios para poder realizarse. Casos palpables son la proliferación de complejos comerciales en detrimento de plazuelas, parques, infraestructura pública deportiva y cultural y vida barrial peatonal; así como la reconfiguración de barrios enteros, pueblos o regiones naturales, expulsando a sus antiguos habitantes, para ofrecer estas zonas a nuevos ocupantes a precios escandalosamente altos basándose en ilusiones bucólicas de bienestar mercantilizado. A estos casos habría que mencionar las nuevas formas de deslocalización global del trabajo digital que generan lo que Amalia Signorelli denomina como *telecottages*, ambientes donde prima un "urbanismo sin urbanidad" y "una vida pública ficticia" (1999). Todo lo cual, tiende a agudizar las desigualdades sociales ya existentes y a segmentar la vida y el territorio.

La constitución moderna del espacio es, en realidad, la conquista del territorio mediante la producción que hace abstracción de las cualidades concretas del lugar, generando una discordancia con la vida que aspira a habitarlo, creando el des-habitar⁵ como forma de enajenación: la ausencia de pertenencia, de condiciones adecuadas para la vida en su integralidad, así como de referentes concretos y de coherencia corpo-territorial con los lugares de existencia. Lo que los gobiernos y empresas "planificadoras" llaman ordenamiento territorial, suele ser el desordenamiento permanente de las experiencias vitales, de las formas territoriales de existencia y de las geografías capaces de otorgar sentido cabal e integralidad a las colectividades.

La discontinuidad en el tejido territorial que el grueso de la gente vivencia día tras día, consecuencia de las zonificaciones y especializaciones del suelo diseñadas por los profesionistas, genera vidas discontinuas conscientes de su existencia entrecortada mediante sus vivencias corpóreas y las percepciones de sí en la interacción con los ambientes, mientras intentan ser en un lugar, habitar en él.

⁴Término de la industria inmobiliaria importado del mercado anglohablante. El cual demuestra, por lo demás, su desdén y desconocimiento de la gramática del español.

⁵Aporte del antropólogo anarquista Iván Torres durante un encuentro en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en agosto de 2023.

Esta fragmentación urbanicista del tejido territorial implica soluciones parciales a fragmentos de vida distanciados unos de otros, lo que produce vidas igualmente fragmentadas y fragmentarias. Este desorden es, en realidad, el orden implicado del proceso urbanicista.



Figura 7. Panorámica de Ciudad de México y su Relleno Sanitario. Una geografía resultante del desdén y la desorganización cualitativa de la vida.

La parcelación de la tierra y la proliferación de fraccionamientos de ella, genera vidas, vínculos y vivencias fraccionadas, parceladas, con enormes dificultades para comprenderse relacionadas, interdependientes e íntegras en su totalidad. Este fraccionamiento creciente de la vida situada, modela nuestro entendimiento empobrecido de que sólo podemos hablar de lugares cuando estos son pequeños e íntimos, y de que el habitar es una cuestión individual. La escala vivencial de nuestras existencias va siendo disminuida a la escala del individuo, mientras aumenta su subsunción a la escala ilimitada del capital.

¿Cómo queremos vivir?

En octubre del 2023, durante el Foro "Habitares: Reflexiones desde el cuerpo, el territorio y la vida cotidiana" la organización Tlanezi Calli nos compartió su camino para dotarse de un habitar propio en la colonia El Molino, dentro de Ciudad de México. Éste implicó hacerse la pregunta colectiva "¿Cómo queremos vivir?", de la que surgieron dos respuestas y otra pregunta: queremos "Darnos un espacio digno, un lugar digno"; aunque "esto implicaría una confrontación por el espacio, una confrontación por el tiempo"; se preguntaron entonces, "¿qué es un espacio digno, cuánto mide?"

Sus preguntas y sus respuestas nos guían en nuestra reflexión. En el contexto actual, habitar como acto corpóreo y territorial, vincular y situado de desplegar la vida con un lugar de forma plena, cabal, se ha vuelto una brega cotidiana cuando no una franca imposibilidad. La espacio-temporalidad moderna del capital, con su no-lugareidad, produce un constante deshabetar. La asolación es general, sus consecuencias evidentes.



Figura 8. Fraccionamientos, Barrios Populares y Torres de Angelópolis, en Puebla. La fragmentación del territorio y la yuxtaposición de lugares y espacios inconexos es un de las condiciones del urbanicismo.

Para el caso mexicano, territorios silvestres devastados por la minería o la agroindustria del monocultivo, hacen parte de este proceso, así como el desabasto creciente de agua potable mientras la industria jamás carece de este "insumo". Pero también lo son los más de 6 millones de viviendas de especulación inmobiliaria abandonadas (Escobar 2023), o el fenómeno de reventa constante de los departamentos de "lujo" y el nuevo negocio de adquisición de porciones de vivienda en distintas ciudades (algo así como un *tiempo compartido* permanente) para trabajadores errabundos. Estos tres casos son una muestra palpable de que ya ni siquiera el instinto gregario que ha dado cuerpo y forma al habitar humano, puede realizarse plenamente y de que hay situaciones en que éste y su habitar es francamente diezmado, no obstante los esfuerzos por realizarse como otras maneras de habitar. Tales ejemplos, forman parte de un mismo proceso de captura de la tendencia y necesidad de habitanza de la sociedad, por parte del urbanicismo especulativo del capital.

El poeta maya Pedro Uc', integrante de la Asamblea de Defensores del Territorio Maya, Múuch' Xíinbal, reflexionando desde la vivencia del pueblo maya peninsular afirmaba - en el foro antes mencionado - que "como tratamos al territorio, tratamos a nuestro cuerpo" (2023). Así, un territorio fragmentado, diezmado, sobreexplotado, contaminado o envenenado, empobrecido en la vida que lo habita ¿qué clase de cuerpos fomenta, qué tipo de vida prohija, qué clase de seres y sociedades genera? ¿Seres fragmentados, contaminados, sobreexplotados, empobrecidos o debilitados, acaso? Todo parece indicar que la respuesta es que Sí, que es así (Polgovsky 2014).

Esto repercute en un creciente empobrecimiento de la capacidad vincular de las personas y en la imaginación habitativa, siendo que el vínculo es la semilla de toda capacidad de habitar, de hacer lugar. Cuando producimos un lugar implícitamente establecemos una forma de relacionarnos con todo lo preexistente en ese sitio, proponemos una manera de vincularnos para ese lugar que ahora es compartido.

En vez de ello, los espacios del capital han expandido sus servicios mercantiles a la oferta de personalización de las experiencias y *amenidades* o *amenities* para una humanidad en trance de ser despojada de la posibilidad de gestar autónoma y espontáneamente sus vivencias, con inventiva y goce genuino. Primero el despojo, luego la oferta de lo despojado como una nueva mercancía. Nos tratamos como una sociedad carente que requiere la providencial presencia del mercado para que resane sus insuficiencias.

La expansión de los espacios del capital, así, no ocurre sin modificar los referentes ni las condiciones de habitanza de las colectividades, no sucede sin diezmar las formas de habitar de las colectividades, las cuales no quedan indemnes de este proceso expansivo, incluso en su capacidad imaginativa y en su relación con los referentes propios, una vez que estos han quedado fracturados o desvaídos.

Esta tendencia no permanece, sin embargo, incontestable. Dan muestra de ello el mismo abandono de las más de 6 millones de viviendas edificadas, o la reventa de inmuebles de lujo, adquiridas aspirando a pertenecer al sector privilegiado de la sociedad, pero que atan a sus adquirentes a un entorno usualmente aislado de un tejido social autosostenido y que vuelven la vida cotidiana demasiado onerosa o artificial para sus habitantes.

Ambos casos ejemplifican una búsqueda intrínseca por realizar la vida de manera adecuada, dentro de un contexto en que ésta suele resolverse en la contradicción o el abigarramiento entre nuestros impulsos y deseos de bienestar y su amoldamiento a espacios que lucran con ellos sin contemplarlos ni satisfacerlos plenamente. En todos los casos, este comportamiento en pos de una vida cabal nos expresa que la tendencia hacia la constitución de un habitar adecuado persiste intentando hacerse un lugar donde vivir realmente.

Acercamientos al habitar

Ivan Illich, en un discurso realizado en 1984 al que nombró *El arte de habitar*, presentó una afirmación profundamente aguda: "la mayoría de las lenguas usan el término «vivir» en el sentido de habitar. Hacer la pregunta «¿dónde vives» es preguntar en qué lugar tu existencia modela el mundo." Y continuó "Esta ecuación entre habitar y vivir se remonta a los tiempos en que el mundo era todavía habitable y los humanos lo habitaban" (2014, 29).

Líneas atrás hablábamos de esta búsqueda intrínseca de las personas por realizar su vida cabalmente; dándose un sentido, hallándose en un lugar. Nuestra existencia corpórea, encarnada, jamás se da aislada ni es individual en absoluto; nuestra propia condición situacional la hace en sí misma relacional, entretejida con su lugar y momento (Merleau-Ponty 2020). Nuestra corporeidad nos presenta de manera inacabable, el hecho de que nuestra vida, para ser, debe ser y hacerse con un lugar que la posibilite, con el que debe fructificar en conjunto. Este hecho está en la raíz de la territorialidad de toda vida.

Recuperando a Illich, esta forma que tiene la vida de realizarse con un lugar, es *habitar*. No como posicionamiento de un objeto en otro, sino como mutuo entendimiento, como encuentro interior. Habitar es, pues, la vida ocurriendo encarnada, territorialmente, con presencia y proyección intencional de sí.

La palabra *habitar* señala esta dimensión y cualidad de la vida siempre particular, específica, situada. Reflexionar sobre nuestro habitar nos evidencia que nuestra vida tiene dimensiones, tiene su lugar, su tiempo; tiene ritmos, ámbitos en los que se desenvuelven – interactuantes – estos cuerpos que somos.



Figura 9. Dos ámbitos del habitar en Cherán (Michoacán), donde pueden apreciarse las pautas habitativas comunitarias p'urhepecha, en imbricación con sus lugares de existencia.

Cuando hablamos de un habitar señalamos que esa vida y esa configuración de un lugar, expresan un modo de realizarse situado (tiene un tiempo y un espacio propios), específico (en interdependencia con esa lugareidad), vernacular (gestado apropiadamente con ese territorio) e histórico (con un recorrido vital que le ha dotado de sus características y maneras).

Cada forma de habitar es una expresión corpórea y territorial de un modo colectivo del hacer gestado en el tiempo; nutriéndose y siendo afectado por las variaciones que en el lugar se van sucediendo. Una expresión que conforma los gestos y los actos cotidianos – como notamos en Matera, al igual que a la materialidad tectónica (el entorno construido o moldeado en toda escala) con que interactuamos perennemente.

Innegablemente nos hacemos con el lugar, con el territorio que habitamos o que intentamos habitar (Watsuji 2006); el cual – a su vez – nos habita. En la actualidad moderna, capitalista, somos mayormente ciegos a que no sólo nosotros moldeamos el territorio como si fuera éste un conjunto de materiales inertes, sino que el territorio nos moldea también cotidianamente.



Figura 10. Escuchando al abuelo en el monte, Cherán / Comunidad de xerófitas en la mixteca poblana. La tendencia habitativa de la vida no es exclusiva de la especie humana, sino que es extensiva al conjunto de la vida como encuentro y co-creación con los lugares en que a cada vida le es dado desplegarse.

Pedro Uc' afirmaba durante la misma intervención antes citada que "es el territorio el que nos habita" (2023). Esto no es un hecho exclusivo de la sociedad humana, como lo entendemos desde el moderno molde antropocéntrico para explotar el mundo sin hacernos cargo de las interdependencias que manipulamos o destruimos. Desde la biología evolutiva, a través de la *Teoría del nicho*, comienza a reconocerse que todos los seres vivos interactúan de forma

histórica con los territorios para hacerse habitables, lo cual abarca adaptaciones multi-generacionales del hábitat en que los seres van modificándose con sus lugares, al tiempo que van modificando intencionalmente el ambiente, procurando en conjunto las condiciones que posibiliten la vida (Cerqueda-García y Falcón 2016, 239-241).

Ambas reflexiones nos permiten repensar la comprensión de los actos habitativos y sus lugares como hechos limitados al ámbito personal e íntimo, y notar dos axiomas de la modernidad que son erróneos y cuyas consecuencias prácticas son importantes.

Cuando hablamos del lugar y del habitar considerando que su escala es la de la experiencia inmediata individual, estamos ante los axiomas de la sociedad comprendida como una suma de individualidades, y de la separación impuesta entre lo público y lo privado como algo natural. Lo cual, en realidad, es resultado del fenómeno contradictorio de exponencial expansión de la espacialidad urbanicista y pulverización - fragmentación de las territorialidades.

En una comunidad silvestre, un pueblo rural o un barrio urbano que han podido mantener vigentes sus habitares y las lugareidades que les dan sentido y posibilidad de recreación conjunta, el lugar y el habitar no terminan en el quicio de la puerta. Ellos se extienden a la calle común, las plazas, el tejido urbano propio y, ahí donde existen, a los cerros, praderas, tierras de cultivo, ríos, mares. La escala del lugar habitado, es la escala del territorio con que la vida colectiva se sustenta y cobra sentido. Trasciende por mucho los habitáculos aislados con los que se pretenden conceptualizar el habitar y el lugar hoy en día.

Nuevamente Pedro Uc' viene a colación, pues en aquel Foro preguntaba agudamente "¿Cuál es su habitación?" Jugando provocativamente, decía que para el ciudadano contemporáneo la habitación es un cuarto cuadrado limitado por paredes, cuando en realidad la habitación debería ser todo el ámbito donde habitamos. No deberíamos asumir que sólo habitamos en un cuadrángulo inamovible. La sugerente invitación nos lleva a preguntarnos si no será que la escala en la que habitamos realmente, la de aquellos lugares y tiempos en que percibimos que podemos desplegar nuestra vida de manera cabal, ha sido tan disminuida en el imaginario y la materialidad cotidiana, que es efectivamente mínima... o está pedaceada.



Figura 11. Casa Maya en Cobá, Quintana Roo / Vereda en la selva lacandona en Chiapas. Dos variaciones del amplio habitar maya que Pedro Uc' evoca, en los que la continuidad entre ámbitos humanizados y ámbitos "naturales" se teje a partir de diferencias de grado de presencia de unos y otros, sin rupturas tajantes.

En aquella ocasión, la puntillosa reflexión continuó más o menos de la siguiente manera: “¿qué hemos hecho de esta habitación? En la ciudad todo tiene su espacio, pero domesticado, controlado, colonizado.” Reflexionando desde la selva maya hoy acosada, Pedro Uc’ decía “para ser habitación ¿dónde está el cenote, el pozo, la selva, los animales, las plantas, los signos de vida?”.

Al interior de la urbe de Puebla, en el antiguo pueblo de San Baltazar Campeche, hoy absorbido y rodeado por la mancha urbana, transformado por fases previas de modernización; delimitado ya no por el entubado y enterrado río San Francisco sino por “corredores viales”, el habitar de sus pobladores se extiende más allá del portón por las calles del antiguo pueblo. Y no en sentido figurado, sino en el sentido perceptual, material, corporal de la vivencia conjunta: en ellas se vende, se come, se conversa y descansa, se reúne o se juega, se festeja. Las dimensiones y disposiciones de la mayoría de las edificaciones proponen una relación interior - exterior que permea en el ánimo y disposición de los pobladores hacia el encuentro. En muchos casos, la apariencia urbanita de las fachadas, da paso en el interior a solares de configuración campesina, con zonas arboladas, patios entorno a los que giran los locales del hogar y en los que se desenvuelven múltiples actividades y zonas de cultivo para plantas medicinales o alimenticias. Todo ello pese al contexto urbanicista que constriñe a este barrio y cuya materialidad dice, claramente, que su habitanza termina en los linderos impuestos.

Las pautas que orientan la vida de sus habitantes pueden observarse incluso, en el cuidado de las plantas en el espacio “público”, así como en la extensión de talleres y oficios varios hacia la ocupación cotidiana de la calle. Ésta no es comprendida ni percibida como una banda de tránsito (un no-lugar), sino como un lugar de vinculación de la existencia cotidiana compartida.

La escala de la habitación que nos sugería Pedro, no es la del espacio íntimo individualizado. Es la escala del barrio con sus marcas tectónicas y sus límites obligados por la gran urbe.



Figura 12. Forma y expresión del habitar en San Baltazar. La escala íntima de las edificaciones y el uso peatonal y compartido de la calle, son constantes del habitar del pueblo de San Baltazar Campeche.

Al cruzar las avenidas que delimitan el barrio (o pueblo) hacia las colonias aledañas, resultantes de procesos planificados de urbanización, lotificación y fraccionamiento de las tierras otrora boscosas y de cultivo, el control y la separación entre espacios privados y públicos se vuelven más evidente. La estructura desvinculante del urbanicismo contemporáneo toma realce y la disgregación y especialización divisoria se va consolidando.

Es llamativo cómo aumenta la abstracción y la reticencia al contacto social observados por Simmel, coartando las posibilidades a la espontaneidad, la incertidumbre y la vinculación aleatoria.

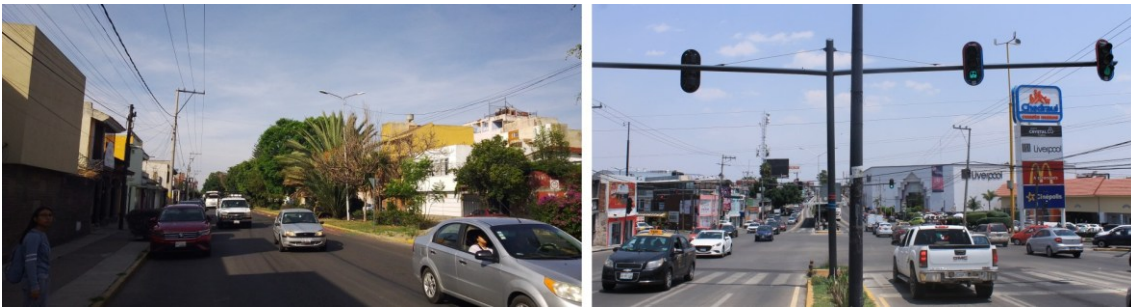


Figura 13. Lindes que bordean San Baltazar. La materialidad misma vuelve evidente los límites urbanos que segmentan al barrio y su forma de habitar, del conjunto de la urbe que lo bordea.

De lo anterior podemos derivar que la comprensión más general del habitar como hecho personal aislado, y del lugar como entorno de escala íntima, están más condicionados de lo que solemos notar por nuestra relación histórica con la modernidad capitalista y su tendencia urbanicista. Son más resultado de un proceso histórico y territorial particular que una generalidad ontológica de la especie humana, y no debieran ser un apriori en la concepción y configuración de los lugares de vida.

La percepción del habitar está íntimamente relacionada con la escala del ámbito que podemos considerar nuestro lugar. Como hemos visto puede tener escalas muy diversas según las formas de desplegar la existencia personal y colectiva para su sostenimiento en el tiempo de manera desenajenada (Cruz 2023). En realidad, lugar y territorio entendidos como geografías apropiadas en relación con sus habitantes, tienen más similitud de la que solemos considerar. Después de todo, si a un urbanita le preguntamos “¿cuál sientes que sea tu territorio?”, “¿qué territorio percibes como propio?”, muy probablemente la respuesta nos muestre un sentimiento y vinculación territorial inmensamente pequeños o fragmentarios en relación a las dimensiones de la urbe donde subsiste.

Situaciones como las de Matera, San Baltazar o la habitanza mayense evocada por Pedro Uc', nos señalan irregularidades en la norma contemporánea de la espacio-temporalidad del capital, irrupciones novedosas o preexistencias habitativas que persisten en su modo de territorializarse. Son discrepancias que tienden a tolerarse pero que deben ser asimiladas... o derruidas.

Para la tendencia urbanicista, esto implica concretarse de maneras inesperadas, debiendo amoldarse parcialmente – si no tiene posibilidad de arrasarlas – a estas configuraciones que definen, en buena parte, las singularidades que percibimos al estar en distintos entornos urbanos, revistiendo su particularidad, otorgándoles su diversidad.

Es decir, las especificidades de la materialidad urbanicista en cada geografía no responden tan sólo al genio creativo de la tendencia planificadora y desarrollista en boga, o a las “deficiencias” económicas o culturales de la sociedad en cuestión, sino que expresan formas en que esas alteridades habitativas persisten o se recrean. A veces, incluso, sin proponérselo racional o explícitamente.

Quiero proponer que es en estas especificidades, donde debemos rastrear, identificar y comprender las maneras de pervivencia o insurgencia de esta otra tendencia humana que persiste - a veces disminuida o deformada - al interior del urbanicísimo: la tendencia a habitar, a crear lugares habitables.



Figura 14. San Bernardino Tlaxcalancingo de fiesta. Como muchos pueblos conurbados por la expansión urbanicista, Tlaxcalancingo mantiene, a través de la fiesta y los ámbitos territoriales de comunidad (como el Cerrito donde se realiza la fiesta), las relaciones corporal - territoriales que le sustentan como comunidad.

Más allá de estas tres realidades relatadas, que pueden concebirse como habitares con una coherencia consolidada al implicar tejidos topográficos de una escala extensa, todo despliegue territorial y corporal de nuestros actos se encuentra imbuido de formas habitativas específicas que se expresan, por sí mismas, en el encuentro con la materialidad en la debemos desarrollar todas nuestras actividades.

Estos modos habitativos del hacer y sus tectónicas implican *alteridades* que impugnan el diseño dominante del mundo. Señalan la reiteración de distintos habitares desdeñados al interior de los entornos de la modernidad. Expresan una inconformidad con el molde ofertado. Disconformidad que si no se resuelve favorablemente ante la materialidad represiva que la constriñe, se volverá permanente y buscará por donde salir. Una opción es abandonar el sitio hostil (como las casas de interés social, ya citadas), otra es recuperar y recrear el propio territorio como ocurrió y ocurre desde hace más de 12 años en Cherán, Michoacán.

Tres nociones para comprender los habitares.

Para poder observar y comprender estas especificidades habitativas, considero sumamente conveniente utilizar las tres fuentes analíticas que propone Bolívar Echeverría en sus Tesis sobre la Modernidad (1995, 161-163) para identificar las distintas formas de presencia del hecho capitalista en la realidad concreta.

Propongo utilizarlas para identificar en la materialidad y relacionalidad de los lugares, las pautas habitativas que salen de la tendencia urbanicista y que son parte activa de las causas de esa diversidad. Siguiendo a Bolívar, proponemos observar: la *amplitud*, la *densidad* y el tipo *diferencial* de las formas habitativas en relación con el urbanicismo.

Estas nociones son perspectivas relacionales. Si hablamos de la gran *amplitud* de una configuración espacial coincidente con el urbanicísimo en un territorio determinado, al mismo tiempo estamos hablando de la menor amplitud de modelos habitativos territoriales que planteen formas distintas de tejer materialmente las relaciones sociales en y con el

territorio. Lo mismo ocurre con la *densidad* y la *diferencialidad*. Estas nociones nos permiten enfocar la mirada dirigiéndola hacia los elementos o relaciones habitativas.

Veamos otra característica que les es propia: su *multiescalaridad*. Su comprensión de distintos aspectos del despliegue de la vida puede dirigirse tanto hacia la cotidianidad como a periodos temporales de mayor duración. Así mismo, puede apuntar a dimensiones y escalas ciudadanas, rurales o incluso individuales, en consonancia con la naturaleza misma de la vida social que se despliega en todas estas escalas. Aquello que le otorga la escala física o temporal de aplicación es, en último término, la situación específica que queramos conocer.

Lo anterior remarca un punto más de estas nociones: su *carácter situacional*. La triada que ahora examinaremos son nociones que nos exigen la determinación específica de lo que buscamos comprender: ¿cuál es su espacio, cuál su tiempo? Nos piden el arraigo en situaciones concretas para ser realmente fértiles, esa es su virtud.

Para enriquecer la comprensión de su multiescalaridad y su situacionalidad, así como su condición entretejida podemos mencionar un estudio en otras geografías. Es el caso del trabajo desarrollado por los arquitectos Kayode Olatunii, Ayodele Emmanuel y Oluwatobi Gbenga en la ciudad de Ijebu-Ode, Nigeria (2021). Al leer su investigación resulta evidente que los patrones perceptibles en la configuración del territorio les permitieron identificar – por su *amplitud* – pautas específicas que señalaron ciertas tendencias a escala de las colonias y barrios. Patrones *diferenciales* a partir de los cuales contrapusieron dos zonas de la ciudad y, finalmente, concluyeron que la falta de comprensión de la dimensión cultural – material de los habitantes de la zona tradicional, generó que los espacios donde viven, edificados en consonancia con los moldes culturales modernos, hayan resultado modificados para adaptarlos a las estructuras familiares y culturales de los habitantes. La *densidad* de estas pautas habitativas exigía su reconfiguración a escala íntima del hogar. Mas al volverse una constante barrial, incidió en esta otra escala ciudadana.

Aquí podemos percibir cómo se relacionan las distintas escalas del habitar y la territorialidad en un proceso mutuamente influyente, en que las pautas materiales iteradas van configurando escalas espaciales o territoriales cada vez mayores.

Amplitud del habitar

En la primera parte de este escrito, hablábamos de la milenaria ciudad campesina de Matera. Continuemos profundizando en este territorio para hablar sobre la amplitud del habitar.

Amplitud, el grado de expansión y holgura o estrechez y constricción con que una forma habitativa se desenvuelve dándose actualidad y coproduciéndose con un lugar. En relación con la espacialidad capitalista, nos habla de las variadas magnitudes de incorporación o subsunción a esta espacialidad, así como de la magnitud propia (de actualidad y renovación) de las formas habitativas. Nos habla, así mismo, del reconocimiento de esos “ámbitos” en los que rigen otros modos de relacionamiento y realización espacio-temporal en coexistencia con el ámbito capitalista (Echeverría 1995, 162); condicionándose mutuamente, tensándose, influyéndose.

La extensión del tejido tipológico del vecindario como pauta configurativa común a la casi totalidad del continuo rupestre de Matera, podría bastar para ilustrar esta primera noción. Sin embargo, desmenuzando sus características podemos profundizar en lo que la

amplitud implica y lo que nos permite comprender. Como primer atributo, la tipología del vecindario materano sale más allá del contexto urbano y se corresponde material e históricamente con los *jazzi* o majadas en el territorio silvestre circundante, donde solía resguardarse la gente del campo con sus animales, en un hogar intenido en la tierra al lado de un patio común. Así, el vecindario fue la expansión de esta pauta campesina incorporada, con sus propósitos, como configuración ordenada de relaciones (Martín Juez 2002, 84) a escala citadina. Vemos aquí una continuidad y correspondencia entre civilización campesina y asentamiento urbano (que le asimila a múltiples realidades en diversas ciudades del mundo).

La incorporación de esta pauta - y he aquí su segundo atributo - se dio de manera orgánica, colectiva e informal. Ello nos habla de un urbanismo popular, de una producción social del habitar basada en esta regeneración mimética (Benjamin 2012, 163-164) de unas pautas compositivas del hacer, que dieron lugar a ámbitos semejantes entre sí, mas no idénticos como son los espacios homogéneos y en serie del urbanicismo moderno capitalista.



Figura 15. Detalles de Matera y su forma habitativa intendida y entretrejida con su terruño (patios comunes, plazuelas, andadores, morfología), en un grado de amplitud que impregna todo el conjunto de la ciudad histórica.

Finalmente, el tercer atributo - ya señalado antes - es que su configuración: el patio común, la continuidad de veredas y andadores como conexión entre patios o plazuelas, la naturaleza de sus recintos intendidos en la roca y la habitanza en compartición con animales, vecinos y barrio; ponía en cuestión cotidiana y vivencialmente, el sentido de la escisión dicotómica moderna entre la espacialidad pública y la espacialidad privada. En su conformación y ejercicio, este habitar delimitaba un extenso contorno donde una vida, una forma de habitación propia, se desarrollaba socialmente día tras día, generación tras generación.

La *amplitud* física y perceptual de estos atributos que señalamos y su *densidad* o *intensidad* material, que imposibilitaban su erradicación en un plazo aceptable para la incorporación de "la población" al modelo heterónimo de civilización impuesto, determinaron la extirpación de la sociedad entera respecto a su lugar de vida y su desgranamiento, dispersada en espacios igualmente heteronormados en su diseño y posibilidades de habitabilidad; condenada a dar vida a "la ilusión urbanística" del proyectista que "no reconoce que él «no produce ni crea el espacio, sino que ejecuta los mandatos de un orden que le supera»", aplicando "un conjunto de recetas concebidas no para mejorar las ciudades, sino «para asesinarlas»" (Harvey y Jacobs, en Benach y Delgado 2022, 132).

Densidad del habitar

Se comenzaba en el párrafo anterior a introducir la noción de *densidad*. Vayamos a fondo en ello.

A decir de Bolívar, la *densidad* la propone para referirse a la *intensidad* relativa con que se presenta la subsunción o subordinación al hecho capitalista. Esta cualidad relativa de la densidad nos permite hablar - a su vez - de la *intensidad* con que se presenta la persistencia - o incluso la rebelión - de la alteridad habitativa al interior del capitalismo y su forma de modernidad.

La densidad se refiere, así, al grado de interiorización de la vida dentro de la dinámica de la reproducción capitalista de la existencia, o al grado y capacidad de mantener cierta soberanía con respecto a ésta misma. Lo cual, recordemos, es siempre un proceso implicado espacial y temporalmente.

La *densidad* o *intensidad* del habitar, hoy en día, está indisolublemente ligada a esta relación con la reproducción capitalista. Poder comprenderla, nos permite profundizar en el grado de *actualidad* o *renovación* de cada habitar en su situación contemporánea. El cual, en tanto materialidad, actúa

como una realidad que limita la absorción de las formas de vida por la dinámica capitalista. Realizando una recepción cultural diferencial del hecho capitalista, distinta siempre a lo que podría ser su aceptación incondicional, así como la de las promesas de su modernidad (Alvarado 2020, 339).

En cierta medida, esta *intensidad* es autónoma de su amplitud. Puede encontrarse concentrada y mostrar gran vitalidad en contextos de una pequeña escala espacial, o hallarse expandida en momentos en que se muestra evidente a cualquiera. Sea ésta una situación de rebelión (un estallido social que se toma las calles desplegando formas habitativas de la cotidianidad) o un tianguis (un mercado sobre ruedas) que, sin ser fijo, es recurrente a intervalos regulares y, cuando se asienta, se apropia y transforma el espacio dando pie a una vincularidad habitativa inexistente el día previo.

Veamos la *densidad* desde las antípodas al ejemplo de Matera: el caso de espacios como los complejos urbanos en Angelópolis, Puebla (otrora tierras ejidales dedicadas al cultivo de San Andrés Cholula) (Reyes 2023); modelos de edificación extendidos en gran parte del orbe. En ellos, el grueso de la vida está ordenado en función de la estructuración física y temporal a la lógica del capital.

Poco queda suelto a la imaginación, la inventiva, a la imprevisibilidad o la casualidad. Todo, o la mayoría, está ya predeterminado y delimitado por barreras o controles sucesivos que buscan afianzar la predictibilidad del comportamiento en función del orden impuesto y la ganancia (Benach y Delgado 2022, 132).

La zona de viviendas suele ser uniforme, homogénea y aislada del resto por bardas, rejas o puestos de control. Su diseño corresponde a la noción de la familia mono-nuclear imponiéndolo y perpetuándolo como paradigma de las relaciones humanas, ignorando la complejidad de la conformación de la sociedad.



Figura 16. Complejos y fraccionamientos de vivienda en Angelópolis. La especulación capitalista del territorio, produce una expansión de espacios en que el anhelo habitativo de sus adquirientes, es un pretexto descuidado en aras de realizar la ganancia mercantil de las empresas. La densidad del habitar autónomo, de la capacidad para incidir en las formas corporales y territoriales de realizar la vida, se ve disminuida.

Los inquilinos suelen tener poco contacto entre sí, el desconocimiento es mayor y los asuntos comunes suelen resolverse por el ente administrativo del complejo de viviendas; lo cual expresa el distanciamiento que este modelo espacial promueve. El extrañamiento es la norma y los vínculos sociales de cercanía y confianza de quienes optan por vivir ahí, suelen resolverse en otros ambientes distantes de estos sitios. A su vez, ello incrementa el tiempo de vida dedicado al traslado, simplemente, para cultivar relaciones afectivas.

Atender cualquier necesidad, sea un asunto médico, educativo, alimenticio o de ocio, está íntimamente ligado a una transacción comercial monetaria. Ello implica un desplazamiento - casi seguramente en automóvil - hasta alguna zona especializada externa al complejo de viviendas, lo cual desalienta la espontaneidad, imponiendo la necesidad de planificación y programación de los actos cotidianos. Estas otras zonas, igualmente predeterminadas y controladas en lo permitido o no en ellas por la "vigilancia" del lugar, suelen presentar opciones sesgadas a la elección entre una serie de cadenas comerciales consolidadas, normando el gusto y disminuyendo la posibilidad de elección y discernimiento.



Figura 17. Bulevar Vía Atlxcáyotl y esparcimiento en un complejo comercial. El acto de traslado y comunicación de la gente se ve disminuido al obligatorio traslado automotor en un sitio que anula otras posibilidades de movimiento; así como los deseo de alimentación y esparcimiento, se ven constreñidos a ambientes mercantiles atestados que favorecen a las cadenas comerciales, en urbes carentes de lugares para la reunión y el descanso no mercantilizadas. La densidad y amplitud del habitar se ven disminuidos a la versión unilateral que el urbanicismo les "ofrece".

Estas áreas, al emular y presentarse como áreas públicas de esparcimiento, anclan el ocio, el descanso, el ejercicio y el disfrute a una transacción comercial, sin la cual no es posible satisfacer ahí el deseo o la necesidad de cuidado, reposo o disfrute. Los espacios públicos, en realidad, son inexistentes o es desalentado su uso, restringiéndolos a no-lugares de circulación entre emplazamientos privados. Largas avenidas destinadas a absorber un intenso tráfico motorizado, son las modernas bandas de transportación entre zonas especializadas. Además son hostiles al conjunto de peatones, quienes suelen ir a esa región de la urbe a trabajar dando servicio a las casas o haciendo funcionar los servicios que se ofertan en los enclaves comerciales. Estas personas se apiñan a la espera del transporte en áreas inadecuadas. La jerarquía del automóvil está bien establecida y ampliar los metros cuadrados del paradero no cambiará esta realidad.

La *densidad* o *intensidad* de la predeterminación capitalista de la existencia cotidiana a través del urbanismo, la arquitectura y la "planificación territorial" es tal, que el *usuario* tiene poco espacio para la expresión auténtica o espontánea, por fuera de los moldes preconcebidos. Cualquier comportamiento fuera de la norma viene controlado o visto como una anomalía y suprimido. Los impulsos corporales deben ser domados, adormecidos.

Esto es válido tanto para la persona como para la colectividad, actuando como un bucle de retroalimentación y autocontención entre escalas de la vivencia socio - espacial. Aquí el habitar se encuentra seriamente constreñido, así como el libre acceso y circulación de cualesquiera personas u otros seres es desalentado o prohibido. Piénsese en un perro callejero o en quienes tienen un modo de vestirse y comportarse correspondiente a las clases bajas, quienes suelen ser vistas con desconfianza y vigiladas con sospecha, si no les es negado antes el acceso. ¿Sentarse o comer en el piso, tumbarse en el prado, jugar fútbol en la plaza - en realidad el vestíbulo al abierto - de esas zonas comerciales o calles privadas, tal como lo haría en los lugares comunes o públicos? ¿El carrito de gelatinas, tortas o tacos fuera del hospital privado? Ni pensarlo, el orden no lo permite y debe ser conservado o restablecido.

Desde luego, estas zonas son planeadas para obreros modernos. La ubicación *diferencial* de éstas dentro del funcionamiento de la urbe y las relaciones de capital, incide en una materialidad que *densifica* la espacialidad y la temporalidad del capital y *adelgaza* la posibilidad de un habitar autodeterminado. Se considera que el centro de vida de sus usuarios debe ser la dedicación a un empleo que, precisamente, le otorgue la posibilidad monetaria de vivir en esos entornos.

Diferencialidad del habitar

Como hemos visto hasta el momento, la amplitud y densidad del tipo de relaciones y tectónicas específicas de cada sitio, permiten comprender las posibilidades de desenvolvimiento de los habitares, así como el grado y tipo de relación que se entabla con la espacio-temporalidad del capital.

Ahora es necesario observar la manera en que, respecto a ella, su *diferencialidad* (la *ubicación relativa* tanto de las relaciones, como de la configuración de cada sitio específico) incide en la organización tectónica, las relaciones mismas y la capacidad habitativa.

Cada sitio específico tiene condiciones particulares que repercuten en el tipo de relación que se establece con la tendencia dominante en la generación de sus espacios,

lugares y tiempos. Su grado de *diferencialidad* va a implicar, igualmente, el grado en que aún se promuevan otras formas de organización socio-territorial mediante la vivencia misma con los lugares. Lo que significa formas de la corporalidad, de vinculación y de autopercepción colectiva y personal; así como formas de la lugareidad y las particularidades de su configuración material.

Los casos que hemos visto nos muestran abundantemente la manera en que esta *ubicación relativa* respecto a la espacio-temporalidad del capital y la modernidad, influye en el grado de alteridad posible respecto a la tendencia urbanicista. Nos revelan cómo, al interior de estos ambientes, pueden desplegarse dinámicas habitativas distintas e incluso alejadas u opuestas a tal tendencia, o pueden quedar sometidas a su influencia. Esto se produce situada, corporal, tectónicamente como relaciones materializadas en la configuración de los lugares y en el tipo de desenvolvimiento que disponen.



Figura 18. Disfrutando el pueblo. Tlalpujahua, Michoacán. La posibilidad del bienestar, el ocio y el placer no consuntivos, aún es posible en lugares donde la vida encuentra ámbitos y tiempos de alta amplitud y densidad habitativas, a pesar de las constricciones de la producción y el consumo urbanicista del capitalismo.

De igual forma, la distancia morfológica, organizativa de un territorio o lugar, respecto a los cánones dominantes de la planificación, el urbanismo y la arquitectura hegemónicas, nos habla de cualidades habitativas: los modos de las habitanzas que en ellos se desenvuelven. Estas serán indicadores de las pautas que podemos reconocer en su lugareidad para recuperarlas si deseamos contribuir a su vigencia y actualidad.

Tal como la *amplitud* y la *densidad* se afectan entre sí, la transformación del grado *diferencial* de cercanía o distancia a la dinámica urbanicista por intereses del capital o de "modernización" sobre el mismo, implicará una transformación en la densidad y amplitud de las formas, posibilidades habitativas y configuración física. Este es el caso de la gentrificación de centros históricos, barrios o pueblos, así como el de la arquitectura de la migración y el abandono de territorios afectados por la industria extractiva.



Figura 19. Monocultivo de piña en la selva costarricense. Archivo: Observatorio de Bienes Comunes - UCR. La subsunción de los territorios y los habitares al urbanicísimo, no se restringe a ámbitos ciudadanos, sino alcanza toda geografía, constriñendo su amplitud, desvayendo su densidad y modificando su diferencialidad.

Cierre

Quiero finalizar recuperando las ideas centrales surgidas en este texto. La *noción de habitar* que se presenta, y las categorías propuestas para su comprensión - *amplitud, densidad, diferencialidad* - nos permiten entender la dinámica habitativa integralmente.

En tanto expresión corpórea-territorial de la vida, el *habitar* implica la cualidad de las relaciones sociales y la configuración tectónica de los lugares con que se desenvuelven. No es sólo materialidad que puede analizarse aislada de la forma específica y situada en que se despliega o clausura la vida en ella, ni es sólo relacionalidad incorpórea, flujo social abstracto para la que el sitio es una escenografía; sino que ésta se comprende siempre ubicada, incorporada, interactuante con el lugar. Entre ambos se comparte una historia y una mutua afectación, una interdependencia habitativa.

El partir del carácter situado, corpóreo, territorializado, heterogéneo del habitar, nos habilita para reconocerlo como una tendencia implícita en la vida, un impulso vital de hondas repercusiones que hoy se encuentra en tensión con la tendencia urbanicista de la modernidad capitalista.

El planteamiento de esta tensión es que este urbanicismo inhibe o inhabilita las posibilidades habitativas desde la materialidad misma, debilitando la capacidad vital de producir lugar, vincularidades fructíferas y autogestionar la existencia, la cual resulta capturada en un proceso creciente de enajenación. A su vez, este suceder impide el florecimiento de vidas sustentadas en la asociación, el encuentro y la presencia entre habitantes y con el territorio.

Por ello sostengo que no todo acto de alojamiento, asentamiento o desplazamiento perenne es habitar. El grado de extensión contemporánea de la violencia hacia las condiciones habitativas, está representando un proceso antropológicamente transformativo y desquiciante sin precedentes.

Es aquí donde las categorías que proponemos cobran particular realce al influir con su capacidad de mirada integral e interrelacional, al interior de esta tensión para hacer surgir las pautas de los flujos de producción o desintegración habitativa, así como las posibilidades de mundos que en ellas se devastan o gestan.

Finalmente: asumir el habitar como un hecho corpo-territorial nos pide aceptar que la teoría debe darse y hacerse encarnada, como Delmy Cruz nos recuerda citando a Gloria Anzaldúa: "dar validez a la vivencia, a la experiencia, como encarnamiento parcial del pensamiento teórico" (Cruz 2023).



Figura 20. Entre el Habitar y el Urbanicismo

Agradecimientos

El presente artículo pudo realizarse gracias al apoyo del Programa de Becas Posdoctorales UNAM, con la asesoría del Dr. Efraín León Hernández, en adscripción a la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Referencias bibliográficas

- Abram, David. 2022. *Devenir animal. Una cosmología terrestre*. Buenos Aires: Editorial Sigilo.
- Alvarado Pizaña, Paulino. 2014. "Autonomía y recreación del hábitat: arquitectura para la emancipación. Una crítica a la producción capitalista del espacio desde la comunidad p'urhepecha de Cheran." Tesis de maestría, UNAM. <http://132.248.9.195/ptd2014/octubre/0720513/Index.html>
- Alvarado Pizaña, Paulino. 2020. "Habitar en la modernidad capitalista: entre la existencia dislocada y la recreación de la vida social. Constelaciones entre el Mezzogiorno y el P'urhepecha Anapu." Tesis doctoral, BUAP. <https://www.researchgate.net/publication/338720059>
- Augé, Marc. 2008. *Los "no lugares", espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Benach, Núria y Delgado, Manuel. 2022. *Márgenes y umbrales. Revuelta y desorden en la colonización capitalista del espacio*. Barcelona: Virus. <https://www.viruseditorial.net/paginas/pdf.php?pdf=margenes-y-umbrales.pdf>

- Benjamin, Walter. 2005. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistorias.
- Benjamin, Walter. 2006. *Obras. Libro I. Vol 1*. Madrid: Abada.
- Benjamin, Walter. 2012. *Ensayos escogidos*. México: Ediciones Coyoacán.
- Han, Byung-Chul. 2014. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder: Barcelona.
- Cerqueda-García, Daniel y Falcón, Luisa I. 2016. "La construcción del nicho y el concepto de holobionte, hacia la reestructuración de un paradigma". *Revista Mexicana de Biodiversidad*, nº87: 239-241
- Cruz Hernández, Delmy Tania. 2016. "Una mirada muy otra a los territorios-Cuerpos femeninos". *SOLAR, Revista de Filosofía Iberoamericana*, Año 12 Vol. 12-1, Lima: 35-46 . DOI. 10.20939/solar.2016.12.0103
- Cruz Hernández, Delmy Tania. 2023. "Habitares: Reflexiones desde el cuerpo, el territorio y la vida cotidiana". Moderado por Rodolfo Oliveros y Paulino Alvarado. Foro - Mesa 2. 30 Octubre. Publicado el 14 de marzo de 2024, por Foro Habitares. YouTube, 2:19:04 <https://www.youtube.com/watch?v=WKTkwbmYPWc>
- Davis, Mike. 2006. *Planeta de Ciudades Miseria*. Madrid: Akal - Foca.
- Davis, Mike. 2007. *Ciudades Muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Dowling, Emma. 2007. "Producing the Dining Experience: Measure, Subjectivity and the Affective Worker". *ephemera. theory & politics in organization*, Vol. 7(1): 117-132 <https://ephemerajournal.org/sites/default/files/2022-01/7-1dowling.pdf>
- Duden, Barbara. 1986. "Historical concepts of the body". *Bulletin of Science, Technology & Society*, Vol. 6: 23-28
- Echeverría, Bolívar. 1995. *Las ilusiones de la modernidad*. México: UNAM/El Equilibrista, 1995.
- Echeverría, Bolívar. 2010. *Modernidad y Blanquitud*. México: Era.
- Echeverría, Bolívar. 2013. *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx*. México: Itaca
- Escobar, Samanta. 2023. "La complejidad de recuperar la vivienda abandonada: 3 de cada 10 inmuebles están en zonas de alto riesgo". *El Economista*. Martes 21 de Marzo. <https://www.economista.com.mx/econohabitat/La-complejidad-de-recuperar-la-vivienda-abandonada-3-de-cada-10-inmuebles-estan-en-zonas-de-alto-riesgo-20230321-0015.html>
- Fuentes Morua, Jorge. 1991. *Marx - Engels, Crítica al despotismo urbano: 1839 - 1846*. México: UAM.
- González Luna, Fabián. 2023. "Habitares: Reflexiones desde el cuerpo, el territorio y la vida cotidiana". Moderado por Rodolfo Oliveros y Paulino Alvarado. Foro - Mesa 4. 31 Octubre. Publicado el 14 de marzo de 2024, por Foro Habitares. YouTube, 2:07:50 https://www.youtube.com/watch?v=Jeh_spwQn8c

- Harvey, David. 2007. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Illich, Ivan. 2014. *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. México: UAEM. http://www.uaem.mx/sites/default/files/4-el_mensaje_de_la_choza_de_gandhi.pdf
- Kayode Olatunji Kazeem, Ayodele Emmanuel Ikudayisi, Oluwatobi Gbenga Adelakun. 2021. "Cultural Influences on Traditional and Modern Architecture in Ijebu-Ode". *International Journal of Research and Scientific Innovation (IJRSI)*, Vol VIII, Issue II, Febrero: 85-92 <https://www.researchgate.net/publication/374676424>
- León Hernández, Efraín. 2016. *Geografía crítica. Espacio, teoría social y geopolítica*. México: Itaca.
- Merleau-Ponty, Maurice. 2020. *El mundo de la percepción. Siete conferencias*. México: FCE.
- Méndez Sáinz, Eloy. 2002. "Urbanismo y arquitectura del miedo. Reflexiones sobre los fraccionamientos residenciales cerrados en México". *CIUDAD Y TERRITORIO Estudios Territoriales*, XXXIV, n°133-134: 491-501.
- Mier, Raymundo (2007) "La experiencia estética como recreación de lo político" en de la Peza, Carmen (coord.) *Versión. Estudios de comunicación y política*, núm. 20, Comunicación, estética y política. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco: 101-121.
- Morris, A.E.J. 2011. *Historia de la forma urbana, desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Mumford, Lewis. 2021. *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Pasolini, Pier Paolo. 2006. *Scritti corsari*. Milán: Garzanti Libri.
- Pasolini, Pier Paolo. 1997. *Cartas Luteranas*. Madrid: Editorial Trotta.
- Polvosky, Eugenio. 2013. "Un Salto de Vida". Documental. Publicado el 8 de junio de 2020, por Piano. YouTube, 21:04 https://youtu.be/tvYHNOvEPDw?si=iHqsVB4-Y_gpVtAm
- Reyes, Erika. 2023. "Origen de Angelópolis, el auge de la urbanización | Los tiempos idos". *El Sol de Puebla. Cultura*. Sábado 20 de mayo de 2023. <https://www.elsoldepuebla.com.mx/cultura/origen-de-angelopolis-el-auge-de-la-urbanizacion-los-tiempos-idos-10092038.html>
- Robert, Jean. 2019. "El lugar en la era del espacio". *Revista Fractal*, 88. <https://www.mxfractal.org/articulos/RevistaFractal88Robert.php>
- Robert, Jean. 2020. "El retorno de Caín. Reflexiones sobre los orígenes y la muerte de las ciudades". *Unidiversidad. Revista de pensamiento y cultura de la Buap*, 36: 57-73. <https://www.unidiversidad.com.mx/36/textos-de-jean-robert/el-retorno-de-cain>
- Robert, Jean. 2021. *Los cronófagos. La era de los transportes devoradores del tiempo*. Ciudad de México: Itaca
- Robert Moraes, Antonio Carlos y Messias da Costa, Wanderley. 2009. *Geografía crítica. La valorización del espacio*. México: Itaca.
- Signorelli, Amalia. 1999. *Antropología urbana*. México: Anthropos Editorial - UAM

- Simmel, Georg. 1986 [1903]. "Las grandes ciudades y la vida del espíritu". *Cuadernos Políticos*, n° 45, enero-marzo de 1986, pp. 5-10. México: Editorial Era. <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.45/45.3.GeorgSimmel.pdf>
- Tlanezi Calli. 2023. "Habitares: Reflexiones desde el cuerpo, el territorio y la vida cotidiana". Moderado por Rodolfo Oliveros y Paulino Alvarado. Foro - Mesa 3. 31 Octubre. Publicado el 14 de marzo de 2024, por Foro Habitares. YouTube, 3:40:58 <https://www.youtube.com/watch?v=Gz5wY-PwK8U>
- Uc', Pedro. 2023. "Habitares: Reflexiones desde el cuerpo, el territorio y la vida cotidiana". Moderado por Rodolfo Oliveros y Paulino Alvarado. Foro - Mesa 1. 30 Octubre. Publicado el 13 de marzo de 2024, por Foro Habitares. YouTube, 2:54:03 <https://www.youtube.com/watch?v=25PcR8HSIvA>
- Watsuji, Tetsuro. 2006. *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*. Salamanca: Ediciones Sígueme.